

Martes 31 de enero de 2012

Clausura y traspaso de la presidencia pro témproe de la Conferencia de las Fuerzas Armadas Centroamericanas (CFAC)

Señoras y señores:

Bienvenidos sean todos.

Agradezco la presencia de los miembros del Consejo Superior de la Conferencia de las Fuerzas Armadas Centroamericanas, de las autoridades nacionales y extranjeras y de los miembros de las Fuerzas Armadas de la región que hoy nos acompañan.

Amigos y amigas:

Espero que pese a la apretada agenda de estos días hayan podido disfrutar como siempre suelo decirlo de las bondades que ofrece este pequeño, pero cálido y hospitalario país.

Tengo el firme convencimiento de que estas jornadas de trabajo son ricas en diálogo y consenso y nos acercan un paso más hacia nuestro gran objetivo que es la consolidación de la integración centroamericana y de los países del Caribe.

En esta labor es, a mi juicio, central la participación de la Conferencia de las Fuerzas Armadas Centroamericanas, pues uno de los pilares que mueve el espíritu de esta entidad es la unificación de los esfuerzos a nivel regional para hacer de nuestra región un conjunto de naciones más seguras, más justas y democráticas.

En estos esfuerzos es que hemos estado trabajando desde El Salvador durante los últimos cuatro años, en que tuvimos el honor de ostentar la Presidencia Pro-témproe del Consejo Superior de la Conferencia.

En estos años, nos hemos concentrado en el fortalecimiento del trabajo conjunto de la defensa de la región contra las grandes amenazas del crimen organizado y el narcotráfico que afectan grandemente a nuestras naciones.

Es importante destacar, en este punto, estrategias desarrolladas por esta Conferencia, como el patrullaje y vigilancia fronteriza continuos entre los países de la región.

El trabajo en equipo y la comunicación entre las fuerzas armadas centroamericanas nos posibilitarán, sin duda, conseguir mejores resultados en estas zonas tan proclives al tráfico ilegal. Y en esa dirección estoy seguro que trabaja esta Conferencia.

Las fronteras amigas y amigas, se han convertido en zonas críticas donde los delincuentes permanecen al acecho y las familias que viven en las cercanías se han constituido en las principales víctimas del accionar delincencial.

Pero el trabajo de nuestras Fuerzas Armadas está permitiendo brindar mayor protección en estos puntos.

Además, la labor de las instituciones armadas de la región, no se ha limitado al combate de la actividad delictiva, sino también a la protección de los más vulnerables, a las condiciones extremas que genera el cambio climático.

Hago referencia a la tarea realizada por los efectivos militares en cada emergencia que hemos debido afrontar, como las tormentas Ida, Agatha y la reciente Depresión Tropical 12E, que dejaron cuantiosas pérdidas materiales y numerosas vidas humanas.

Ante esas catástrofes, la labor eficaz de los cuerpos de seguridad y, particularmente de las Fuerzas Armadas, permitieron que esas tragedias alcanzaran magnitudes menores, al menos en cuanto a pérdida de vidas humanas.

Este tipo de acciones constituye la esencia del espíritu con que nació esta Conferencia en 1997 para unir a Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador y más recientemente integrar a República Dominicana.

Quisiera detenerme en la labor de apoyo a la seguridad que compete a la Conferencia, ya que es uno de los dramas más sensibles de nuestra región y, me atrevería a decir, de nuestro continente.

Las naciones de Centroamérica y El Caribe tienen ante sí un enemigo común y muy poderoso y difícil de enfrentar.

Es un enemigo que se nutre de las debilidades de las instituciones, de las políticas ineficientes, de la falta de recursos y de la falta de claridad con que suele analizarse el fenómeno del crimen organizado.

La creciente actividad de narcotráfico ha hecho de nuestra región un verdadero corredor de violencia y muerte.

Centroamérica se ha convertido en la verdadera víctima, ya que no somos los mayores consumidores y no es la región la que se queda con las enormes ganancias ilícitas que produce este negocio ilegal.

Sin embargo, la región centroamericana es la que padece las muertes, la violencia, el miedo, las pérdidas.

Como siempre digo, otros consumen la droga y se quedan con el fruto de la industria de la muerte y nosotros ponemos en su mayor parte las víctimas.

Las Fuerzas Armadas integradas en esta Conferencia, lograron incautar un promedio de 234 mil kilogramos de cocaína, marihuana y heroína en la región.

Más de 67 mil personas fueron capturadas por diversos delitos entre narcotráfico, robo y hurto.

Estos delitos se han visto reforzados por la presencia de grupos delictivos que año con año han aumentado sus filas, hasta convertirse en verdaderas estructuras del crimen organizado, como es el caso de las pandillas.

Estas organizaciones juveniles se han convertido en verdaderos brazos armados del crimen organizado y ya cuentan con más de cien mil integrantes en Guatemala, Nicaragua, República Dominicana, El Salvador y Honduras.

Estos dos últimos países El Salvador y Honduras, concentran alrededor del 70% de total de integrantes de estos grupos que ya actúan fuertemente en el narcomenudeo y como sicarios de los grandes cárteles.

La región enfrenta una crisis por delincuencia e inseguridad que le cuesta un promedio de 1,300 millones de dólares anuales en costos derivados de la violencia y la inseguridad, tal como lo revela el más reciente informe sobre este tema del Banco Mundial.

Y de todos los países centroamericanos, El Salvador es el que se lleva la peor parte.

Siendo paradójicamente el país más pequeño, es también el que pierde la mayor parte de su Producto Interno Bruto gracias a estos costos.

Perdemos casi el 11% de nuestro PIB cada año para enfrentar la violencia generada por las bandas del crimen organizado y para afrontar los gastos que producen sus acciones criminales en todo orden.

Por eso es que insisto en que la importancia de iniciativas regionales como esta Conferencia es central. Porque la violencia, el crimen organizado y el narcotráfico no son fenómenos aislados que afectan a un solo país. Nos afectan como región.

Y también por ello insisto en la necesidad de elaborar estrategias que nos ayuden a llevar la buena batalla contra el crimen y el narcotráfico de manera conjunta. No podremos hacerlo exitosamente de manera aislada cada uno por su lado.

La Conferencia inicia ahora un nuevo período bajo la Presidencia de Honduras y como Presidente de la República y Comandante General de la Fuerza Armada de El Salvador, me complace entregarle este honor y esta gran responsabilidad al Presidente y amigo Porfirio Lobo.

Honduras, estoy seguro conducirá a partir de hoy el proceso que lleva a las instituciones armadas de nuestros países a consolidarse como estructuras democráticas, defensoras de la institucionalidad, altamente profesionales y modernas.

Y, a la par, como un bastión de la buena batalla que libramos contra las amenazas que afrontan nuestras naciones.

Sé que el Presidente Lobo y la Fuerza Armada hondureña, nos conducirán con sabiduría en esa senda que es esencial para consolidar la paz y la seguridad de nuestros pueblos.

Amigos, amigas, señores, señoras:

Antes de despedirme quiero compartir con ustedes una última reflexión.

El Salvador ha incorporado a la Fuerza Armada en la tarea de apoyo a la Policía Nacional Civil para la lucha contra el crimen y la violencia.

Recientemente he echado mano a dos ex militares en situación de retiro para hacerse cargo de la máxima responsabilidad política y operativa de esa lucha.

Uno como Ministro de Justicia y Seguridad, y otro como Director General de la Policía Nacional Civil.

Esta decisión ha despertado críticas en ciertos círculos políticos y de opinión y un apoyo absolutamente mayoritario de la población, como lo muestran varias encuestas recientes.

Quienes se oponen a esta decisión lo hacen, generalmente, desde el prejuicio hacia la institución militar.

No puedo desconocer que en el pasado de nuestra historia las conducciones de la Fuerza Armada no fueron las más apropiadas para la organización de una sociedad democrática.

Pero han pasado más de 20 años de esos hechos y la Fuerza Armada –hasta ahora la de El Salvador, pero también podría generalizar a toda la región- se ha convertido en este lapso de tiempo en una fuerza básica del proceso de democratización del país. Hoy la Fuerza Armada es una institución fiel a la Constitución de la República, leal al poder civil presidencial fruto de la voluntad popular y organizada cada vez más en forma profesional y democrática.

De manera que no se puede seguir midiendo al militar de carrera, con la misma vara con que se lo hacía hace más de dos décadas.

Eso es poner el prejuicio antes del juicio. Eso es no ver el progreso que las sociedades, en su conjunto, han hecho todos estos años.

Eso no es reconocer el progreso que ha tenido la institución armada, que ha llegado a convertirse en una de las piedras angulares del proceso de organización democrática que lleva a cabo nuestro país.

O dicho más apropiadamente, eso es tener los ojos en la espalda.

Yo soy de los que piensan que dejar a la institución armada afuera de la batalla que libran nuestros países contra el crimen organizado, es realmente un error y es en el fondo hacerles el juego a los criminales.

Hoy no tenemos hipótesis de conflicto entre nuestros hermanos. No son mis enemigos mis hermanos centroamericanos y caribeños.

Nuestro enemigo común es el crimen organizado en todas sus expresiones, que es fuerte, que es poderoso, que penetra nuestras instituciones y amenaza a nuestros Estados.

A ellos debemos combatir con todas nuestras fuerzas y en esa batalla las Fuerzas Armadas de la región deben cumplir un rol destacado.

Señoras y señores:

Quiero agradecerles su atención.

Me despido nuevamente, no sin antes agradecer la presencia en esta capital de todos ustedes y desearles al final de las jornadas que convoca esta conferencia regional un feliz retorno a sus países.

Que Dios los bendiga a ustedes.

Que Dios bendiga a El Salvador.

Que Dios bendiga a los pueblos centroamericanos y del Caribe.

Muchas gracias.

